



11. PARABOLAS PARA UNA PEDAGOGIA POPULAR
Freinet
●Lainia
14. AUTOPISTA
J. Perich
●Lainia
94. EL CRISTIANISMO NO ES HUMANISMO
González Ruiz
●Península
112. LOS ESPAÑOLES
Jose M. Carandell
●Lainia
114. LAS PRINCESAS DE ACAPULCO
Giorgio Scárnabenco
●Barral-Serie Negra
119. LA CONDESA CAGLIOSTO
Maurice Leblanc (Arsenio Lupin)
●Tusquets-Serie Negra
120. LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES
Becarud-Lapouge
●Lainia
164. TICS DEL PAIS
Cesc
●Península
188. GROUCHO Y YO
Groucho Marx
●Tusquets editores
239. HUMOR LIBRE
Ja
●Lainia
248. NUEVA POESIA CUBANA
Coytisoló
●Península
251. 24 x 24
Ana M. Moix
●Península
255. LA NECESIDAD DEL ARTE
E. Fischer
●Península
258. INICIACION A LA ECONOMIA MARXISTA
J. M. Vidal Villa
●Lainia
259. LOS MITOS DE LA REVOLUCION FRANCESA
A. Gérard
●Península
260. ALQUIMIA Y OCULTISMO
Varios
●Barral
262. SOBRE LA SEXUALIDAD
Nathan
●Lainia
265. LOS TRES PIES DEL GATO
J. Perich
●Península

Pedidos e información a:

distribuciones de enlace
Ballén, 18 - Barcelona - 10

ARTE • LETRAS • ESPE

pueden liberarse en terribles explosiones de odio y de envidia, en horribles explosiones criminales y suicidas, son las mismas que pueden manifestarse en forma de amor, racionalidad y confraternidad» (Heer). «Entre los motivos de esos odios veo el nacionalismo exagerado, el abuso de la religión y el abuso de las ideologías» (cardenal König). «No estoy seguro de que el odio político pueda separarse completamente del odio personal. No hay Voebbels capaz de sacar sencillamente por artes mágicas una determinada clase de odio del alma de un pueblo. El odio tiene que tener relación con estados de la psiquis del individuo, explicables por su situación en la vida privada» (Wolfgang Lefèvre). «Nuestro deber consiste en haber insistido en obligar a los predicadores del odio a expresarse con lucidez. Entonces tartamudearán o se callarán o nos abuchearán. El odio es el opio del pueblo. No se puede luchar contra el opio, pero sí contra los traficantes, contra el tráfico de opio. Es lo único que está en nuestro poder» (Lüthy). «El odio es, lo mismo que el amor, un fenómeno ambivalente. Hay una clase de odio reproachable bajo cualquier circunstancia y que sólo puede tener consecuencias destructivas, pero hay otro odio que, bajo ciertas condiciones, puede tener consecuencias constructivas; por ejemplo, el odio a la crueldad, el odio a las personas crueles, el odio a la tortura y el odio a los torturadores. Se trata, en mi opinión, de una especie de pasión y emoción que lleva a una acción que, al fin, y se trata de un fin no muy lejano, será útil a la Humanidad» (Marcuse). «El odio es un fenómeno que —como todas las grandes pasiones— anula fácilmente al yo como autoridad encargada de vigilar la sensatez de nuestros pensamientos y nues-

tras acciones» (Mitscherlich). «Despójate de odio y de pasión; en tu enemigo respeta siempre el hombre; no tortures jamás, no humilles a nadie, estate siempre dispuesto a entablar diálogo con el adversario; si aborreces lo que encarna, no le aborrezcas a él» (padre Pire). «El odio debe concebirse, en mi opinión, como lo que verdaderamente es: un fallo del individuo. Considerar el odio como instrumento de la política, de la colectividad, me temo que llevaría a institucionalizar de algún modo ese elemento demoníaco (...). Hay que buscar y castigar las responsabilidades individuales. Me parece que uno debería evitar con el mismo empeño la noción del "odio colectivo" como la de sus consecuencias, es decir, la de responsabilidad colectiva. Contra esas nociones está todo el sistema de los derechos del hombre» (Ruegger). «Los orígenes del odio colectivo se encuentran en la acumulación de represiones y prejuicios. Uno se niega a observar algo objetivamente y, de esa manera, a evaluar un problema humano de otro grupo humano» (Sedar Senghor). «El problema del odio no me parece tan central. Me parece que es mucho peor la indiferencia del hombre frente al prójimo. Si nos preguntamos dónde se sufre verdaderamente en el mundo, vemos que las causas no están en el odio, sino sobre todo en la falta de capacidad de imaginación» (Visser't Hooft). «Antes ocurría que el miedo se transformaba en odio, y hoy puede decirse con ciertas reservas que el miedo lleva más bien a la razón, es decir, a la moderación» (Wahlen). Este puro amontonamiento de citas permite apenas unas consecuencias generales, que son las de la lectura total del libro: los pensadores políticos no condenan completamente el odio, señalan la existen-

cia de distintas clases de odio, y de todas formas, recomiendan que se busquen los medios posibles para eliminarlo de las formas de relación. ■ PABLO BERBEN.

Festival del libro en Niza

En su segunda edición se concederá este año, el próximo mes, el Premio Internacional de Prensa, cuyo Jurado está compuesto por representantes de los siguientes semanarios: L'Espresso (Gianni Corbi), Der Spiegel (Rolf Becker), Newsweek (Scott Sullivan), Nln (Zika Bodganovic), The Observer (Terence Kilmarin), Nouvel Observateur (Claude Perdriel) y TRIUNFO (José Angel Ezcurra). Se conocen ya los libros propuestos por los miembros del Jurado para una primera deliberación: «El informe Meadows» o Report MIT; «Palmito Togliatti», de G. Bocca; «Yo creo en la esperanza», del padre Diez Alegria; «Fire in the lake», de Frances Fitzgerald; «La autogestión a prueba», de Milojko Drulovic; «The Fellow Travelers», de David Cauter, y «Si he mens...», de François Giroud.

El Premio Internacional de Prensa recae sobre libros testimonio o documento. El año anterior el premio recayó en el libro de Gibson sobre García Lorca.



Las pesadillas de los buenos burgueses

«Dios mío, ¿qué es lo que hago aquí?», se pre-

guntará Sénéchal (Jean-Pierre Cassel) al verse solo frente al público del teatro para, inmediatamente después, confesarse desesperado que «no se sabe el papel». Es el único momento —onírico— en que un personaje de la bourgeoisie se interroga sobre sí mismo, descubre su insuficiencia. Y ello se produce cuando, también por única vez, dichos personajes son conscientes de estar siendo mirados, observados, enjuiciados en definitiva, por los que se hallan al otro lado del escenario, es decir, por quienes no pertenecen a su grupo, a su clase social. El pavor que sienten, la vertiginosidad con que abandonan sus puestos, va en razón directa de su íntima negativa a convertirse en espectáculo juzgable —y condenable— críticamente. Sénéchal se rezaga y pagará un alto precio por ello: encontrarse de bruce con su soledad, plantearse cuestiones y admitir su debilidad. Lujos que un buen burgués ni puede, ni debe, ni tiene derecho a permitirse.

Porque nada hay más terrible para este «buen burgués» que olvidarse o desconocer la pauta que rige su comportamiento vital. Buñuel va dando a conocer uno por uno los ingredientes que conforman esta pauta, con una exactitud que casi podríamos denominar testimonial. En este sentido, «Le charme discret...» me parece un documento de primera mano sobre las actitudes de un determinado estamento, lo mismo que —a nivel moral— lo era «Al anochecer», de Chabrol, o, con respecto a la decadente sociedad prebélica, «La règle du jeu», de Reonir. Autor cuya mirada semejava entonces a la hoy, a sus setenta y tres años, mantenida por Buñuel cara a un núcleo social similar. Esa mirada mordaz, incisiva, socarrona, irónicamente agresiva, nacida de quien ya ha su-